

¡QUÉ PASARÁ QUE QUEDE!

Sé que todo es así, igual a sí. Amor, la muerte es vida, silencio del amor, contemplación, estar, presente, devenir... Contemplación de estar presente en devenir.

Yo vivo para ver todo lo hecho y, sin pensar, repito lo que siento; y, sin querer, asombro con mi sombra... que parece estampar con su presencia mi círculo vital o ser tamaño y forma del trocito de tierra que heredé por nacer. Yo vivo y diré lo que dijeron los hombres que han pasado. Yo vivo para ser padre y abuelo de ideas de los hombres; y niño, querencia de los pueblos de por siempre. Yo vivo y sigo siendo un bebedor de vida empedernido, un sabedor de todo, como todos pensamos de uno mismo.

Uno a uno entramos en la historia. Uno a uno manamos egoísmo. Uno a uno venimos para ser. Uno a uno nos vamos y no fuimos... Y, en tropel, somos gente que, riñendo, amamos. Y, en tropel, somos números que operamos sin miedo y extraemos raíces de los suelos del sueño... A infinito elevamos un sinfín de suspiros, caricias..., y también levantamos grandiosos edificios... En tropel somos tantos que, en tropel, se atropella al que ya estaba hastiado de correr en tropel. Y en tropel, tropezamos.

Voy a ver qué me pongo; voy a ver que me quito: es verano en mi vida. Voy a ver si algo veo; voy a ver qué no veo, por ver lo que yo quiero. Voy a ver lo que gano; voy a ver lo que pierdo, por verlo tan lejos. Voy a ver sin romper mi mirada de niño.

Van pasando mis años. Y en mis contados días se suceden los siglos. ¿Qué queda por pasar? ¿El frío cuerpo adentro? ¡Qué pasará que quede!

Juan A. Guzmán

MI DIVERTIMENTO

Cuando el hombre de hoy se atiborra con los más variopintos quehaceres habidos y por haber, recibo el soliloquio afable de todo lo que es vida. Conjugan los silencios, compaginan las risas con miedos y ternuras, anuncian por los mundos que no existen fronteras, es el sentir latente de los seres, en total armonía.

En esta encrucijada, echo al suelo mis bártulos y rindo culto activo al tiempo de los tiempos. Me miro y, al mirarme, mis ojos profundizan en mis vastas raíces. Las desentierro, las palpo, las mastico y saboreo sus jugos legendarios: La Atlántida, Tartesos, Estuaria, Ilípula, Al-Andalus, Condado de Niebla... y su vigor añejo me alucina la mente y serena el espíritu para acercar mi ánimo a un final de siglo y principio de milenio. Aquí, desde mi entorno, almorcé mediodías a pleno sol y júbilo; la tarde trajo aromas preludiando a la noche con la fragancia auténtica de estar enamorada del nuevo amanecer... En sucesión constante (sin medir los momentos, pues sería tan falso como contar las hojas últimas de un árbol en otoño), me despido, sin prisas, de este evento que pasa, de esta era de monstruos: por útiles, inútiles.

Como el adiós es próximo y el principio ya llega, no hago canto de cisne ni preparo mi cuerpo para aguantar, sin daño, lo que no detendré. Prefiero acomodar, todo lo más posible, mi anquilosada estancia, en donde no hay nada para poder sentarme, ni tan siquiera un sitio para soñar despierto; hasta el patio y su pozo eran desván que archiva polvo, hoces y estrellas, tan romas como opacas, que anularon valores; y arcas y baúles de maderas muy nobles, tallados por carcomas, en donde guardo libros lapidando en sus hojas flores descoloridas.

A falta de presente, es mi divertimento abrir todas las puertas del campo al ciudadano y construir un deseo de fantasía concreta, que vendrá como el canto de una alondra en su vuelo, por la fresquita, al alba de un mañana cualquiera.

Juan A. Guzmán